

al que le daba la gana de escoger por su sucesor, etc.? (1) Y ¿quién no conoce tambien cuán duras eran las leyes de Roma con respecto á las mujeres? Diríase verdaderamente, que relativamente al *segundo sexo*, habian ido todos los instiladores de las naciones, á la escuela de Hipócrates, quien lo creia malo en su misma esencia. «*La mujer, dice, es perversa por naturaleza, y si su inclinacion no está diariamente reprimida, brotará en todas direcciones como las ramas del árbol: si está ausente el marido, no bastan los parientes para guardarla, menester es un amigo cuyo celo no ciege la afecion* (2).

Todas las legislaciones, en una palabra, han tomado precauciones mas ó menos severas contra las mujeres, y aun en nuestro tiempo son esclavas bajo el alcoran, y animales de carga en medio de los salvajes; solo el Evangelio ha podido levantarlas al nivel del hombre, haciéndolas mejores; solo él, ha podido proclamar *los derechos de la mujer*, despues de haberlos hecho nacer, y hacerlos nacer con solo establecerse en el corazon de la mujer, que es el instrumento mas activo y mas poderoso, así para el bien como para el mal; destruid, menoscabad solamente hasta cierto punto en un pais cristiano la influencia de esta ley divina, dejando subsistir la libertad que era su consecuencia para las mujeres, y pronto vereis esta noble y afectuosa libertad que degenera hasta una licencia vergonzosa; volveránse entonces los infaustos instrumentos de una corrupcion universal que corrøerá en muy poco tiempo las partes vitales del estado, cayendo este en una podredumbre cuya gangrenosa decrepitud escitará á la vez vergüenza y horror!

Un turco, un persa que asisten á un baile europeo, creen soñar, pues nada comprenden en esas mujeres, «que compañeras de un esposo, y reinas por todas partes, libres sin deshonor y fieles sin violencia, jamás deben sus virtudes al temor.» No lo comprenden, porque ignoran la ley que hace posible ese tumulto y esa mezcla, y hasta la que de ellos se aparta le debe su libertad: si pudiera haber sobre este punto cuestion de *mas ó de menos*, diria que las mujeres deben mas al cristianismo que nosotros, pues la antipatía que

(1) La madre de Demóstenes fué trasmitida de este modo, de cuya disposicion nos han conservado la fórmula en el discurso contra Estefano (Ver los Comentarios sobre los discursos de Isceus, por el Cab. Jones en sus obras, tom. III, in 4.º, pág. 210, 211).

(2) Hippocr. opp. cit. Van der Linden in 8.º, tom. II, p. 911, ibi. *Εχει γὰρ φύσει τὸ ἀκόλαστον ἐν ἑαυτῇ.*

tiene á la esclavitud (la cual destruirá siempre suave é infaliblemente en todas partes que pueda esta obrar con libertad), la tiene sobre todo á causa de ellas: sabiendo demasiado cuán fácil es inspirar el vicio, quiere al menos que nadie tenga derecho para mandarlo (1).—En fin, ningun legislador debe olvidar esta máxima: *Antes de borrar el Evangelio, encerrad á las mujeres*, ó abrumadlas con leyes horrorosas como las de la India: mucho se ha celebrado la *dulzura* de los indios; mas desengañémonos, fuera de la ley que ha dicho, ¡BEATIMITES! no hay hombres dulces; podrán sí, ser *débiles, tímidos, cobardes*, pero jamás *dulces*, ni *suaves*: aquellos pueden ser, y son bastantes veces crueles; mas el hombre suave nunca lo es: buen ejemplo nos dá de esto la India, pues sin hablar de las atrocidades superticiosas que acabo de citar, ¿qué pais del globo ha presenciado mas atrocidades?

Mas nosotros, á quienes la sola idea de sacrificios humanos y de antropofagia hace perder el color y la sangre, ¿cómo pudiéramos ser á la vez bastante ciegos é ingratos para no reconocer que esos sentimientos solo los debemos á la *ley de amor* que ha velado sobre nuestra cuna? Una ilustre nacion, que habia llegado al último grado de la civilizacion y de la urbanidad, atrevióse poco hace, en un acceso de delirio de que la historia no presenta otro ejemplo, á suspender formalmente esa ley, y ¿qué vimos entonces? En una ojeada, las costumbres de los Iroqueses y de los Algonquinos; las santas leyes de la humanidad holladas y destrozadas; la sangre del inocente regando los cadalsos que cubrian toda la Francia; los hombres rizando y empolvando cabezas ensangrentadas; y hasta la boca de las mujeres manchada con sangre humana: ¡hé aquí el hombre *natural*! No porque no lleve en sí los gérmenes inestinguibles de la verdad y de la virtud, pues los derechos de su nacimiento son imprescriptibles, pero sin una fecundacion divina, jamás se abrirán esos gérmenes ó solo producirán seres equívocos y insanos!

(1) Menester es tambien observar que si el cristianismo protege á la mujer, ella, á su vez tiene el privilegio de ser protegida por la ley que la protege de un modo digno de atencion; al punto que se está por crear que esta influencia radica en alguna afinidad secreta, en alguna ley natural: Vemos principiar la salvacion por una mujer anunciada desde el principio de las cosas, y en toda la historia evangélica tienen las mujeres un papel muy notable; en fin, en todas las conquistas célebres que hizo el cristianismo, ya sobre individuos, ya sobre naciones, siempre figura la mujer.

Ya es tiempo de sacar de los hechos históricos mas incontestables, una conclusion que no lo es menos : por una experiencia de cuatro siglos, sabemos : *Que do quier que el verdadero Dios no esté conocido y servido, allí, en virtud de una revelacion espresa, el hombre inmolará siempre al hombre, y muchas veces le devorará* : despues de habernos contado Lucrecio el sacrificio de Ifigenia (como historia auténtica, ya se entiende, pues lo necesitaba así), esclama con aire de triunfo :

¡Tantas calamidades puede producir la Religion!

Solo veia pues los abusos, así como todos sus sucesores infinitamente menos excusables que él, é ignoraba que el de los sacrificios humanos, por enorme que sea, desaparecia ante los males que produce la impiedad absoluta; ignoraba, ó no queria ver, que ni hay ni puede haber religion completamente falsa, sino la de las naciones cultas; tal cual era en la época en que escribia, no por eso dejaba de ser el cimiento del edificio político, y que precisamente los dogmas epicúreos al socabarla estaban á pique de socabar con el mismo golpe la constitucion antigua de Roma para sustituirla una tiranía atroz é interminable. En cuanto á nosotros, que tenemos la felicidad de poseer la verdad, no cometamos el crimen de desconocerla, pues si ha querido Dios *disimular durante cuarenta siglos* (1), desde que han comenzado para el hombre nuevos siglos, sería semejante crimen, inexcusable : al reflexionar en los males que han producido las religiones falsas, bendigamos y abracemos con ardor la verdadera, que ha explicado y justificado el instinto religioso que tiene la especie humana, y que desembarazando este sentimiento universal de los errores y crímenes que lo deshonran, ha renovado la faz de la tierra :

TANTOS SON LOS MALES QUE PUEDE CORREGIR LA RELIGION!

Hé aquí poco mas ó menos, si no me me engaño, lo que puede decirse, sin adelantar demasiado, sobre el principio de los sacrifi-

(1) Actas XVII, 30. Et tempora quidem hujus ignorantiae despiciens Deus, etc., *ὑπερίδων*. Arnaud, en el nuevo Testamento de Mons, traduce: estando Dios irritado contra esos tiempos de ignorancia, etc., y en una nota, al fin de la página pone: *De otra manera, habiendo Dios dejado pasar y disimulado; y segun la letra, despreciado esos tiempos, etc.: con efecto es enteramente de otra manera.*

cios, y sobre todo de los sacrificios humanos que han deshonrado al género humano; mas no creo inútil demostrar ahora, al acabar este capitulo, la manera cómo ha mirado el mismo asunto la filosofia moderna.

La idea vulgar, primera que se presenta al espíritu y antecede visiblemente á toda reflexion, es la de un homenaje ó una especie de *ofrenda* hecho á la divinidad : *Los Dioses son nuestros bienhechores* (dadores bonorum), es pues muy natural ofrecerles las primicias de esos mismos bienes que recibimos de ellos; de ahí provinieron las libaciones antiguas, y aquella ofrenda de las primicias con que se daba principio á las comidas (1) : al explicar Heyne este verso de Homero :

En las llamas arroja las primicias de la comida (2),

halla en esta costumbre el origen de los sacrificios : « Como ofrecian los antiguos á los Dioses, dice, una parte de sus alimentos, » la carne de los animales debió hallarse comprendida en ellos, y » añade, *el sacrificio considerado de este modo no tiene nada que » choque* (3) : estas últimas palabras prueban, por decirlo de paso, que este hombre tan hábil, veia confusamente en la idea general del sacrificio alguna cosa mas profundo que la simple ofrenda, cuyo pun-

(1) Esa parte del alimento que se separaba y quemaba para honrar á los Dioses, se llamaba en Grecia *Apasco* (*ἀπαρχή*), y la accion misma de ofrecer esa especie de primicias, se expresaba por un verbo (*ἀπαρχεσθαι*) *apescar* ó *principiar* (por excelencia).

(2) ο δὲ ἐν πυρὶ βάλλε θυμίας. (Ibid IX, 222), y Odys. XIV, 436, y 446).

(3) « Apparet (religiosum hunc ritum) peperisse sacrificiorum morem; » quippe quæ ex epulis domesticis ortum duxerunt, quum cibi vescendi » pars resecta pro primitiis offerretur Diis in focum cojienda : hoc est τὸ ἀπαρχεσθαι nec est quod hic, mos religiosus discipliceat (Heyne, ad loc.) No me sorprende esta esplicacion de Heyne, porque en general, la escuela protestante no gusta de las ideas que salen del círculo material, las cuales parece condenan en masa, como vanas y supersticiosas: confieso, sin dificultad, que su doctrina puede sernos útil á nosotros mismos, nunca es verdad como alimento, pero á veces como remedio: en este caso, sin embargo, la creo ciertamente errónea, y por eso me admira que la haya adoptado Bergier (Traite hist. et dogm. de la vraie Relig., in 8.º, tom. II, p. 303, 304, tom. VI, p. 296, 297, segun Parphyr. de Abstin., lib. II, cit. ibid.) Veia muy bien este célebre apologista, mas aquí, parece no haber mirado.

to de vista *le chocaba* : pues, no se trata únicamente del *don*, de *ofrenda*, de *primicias*, en una palabra, de un simple acto de homenaje y de reconocimiento, que se hace, si así puede decirse, al *señorio feudal* de la Divinidad, porque en esta suposición, habrían los hombres enviado á buscar á la carnicería las carnes que debían ofrecerse en los altares, y habríanse limitado á repetir públicamente y con el aparato que conviene esa misma ceremonia con que comenzaban sus comidas domésticas; pero de lo que se trata es de la *sangre*, de la *inmolacion* propiamente dicha; se trata de explicar cómo los hombres de todos tiempos y de todas partes, ha podido convenir en la creencia de que habia, no en la ofrenda de las carnes (esto es de notar), sino en la *efusion de la sangre*, una virtud de espacion, útil al hombre : este problema no cede á la primer ojeada (1).

No solo no fueron los sacrificios una simple estension de los *apascos* ó de la ofrenda que se hacia de las primicias quemadas al principio de las comidas, sino que esos mismos *apascos* no fueron manifiestamente sino una especie de *sacrificios diminutos*, de la misma manera que pudiéramos repetir en nuestras casas las ceremonias religiosas, ejecutadas con una solemnidad pública en las iglesias : y, por poco trabajo que uno se tome en reflexionar, convendrá en esta apreciacion.

Hume, en su mala *historia natural de la religion*, adoptando esta idea de Heyne, la envenena á su manera : «Un sacrificio, dice, »lo considera como un *don* : ahora bien, para dar una cosa á »Dios es menester destruirla para el hombre, quemándola, si es un »sólido; derramándola si es un líquido, y matándolo si es un ani- »mal; por falta de mejor medio soñó el hombre que con hacerse »algun daño á sí mismo haria bien para Dios, ó al menos cree pro- »bar de esta manera la sinceridad de los sentimientos de amor y »de adoracion que le animan : así es, que nuestra devocion mer-

(1) Los Persas, segun Strabon, partian entre sí las carnes de las victimas, y nada dejaban para los Dioses : (Τοῖς θεοῖς οὐδεν ἀπονείμαντες μέρος). Porque, decian, Dios solo necesita el alma de la victima, es decir, de su sangre Τὴν γὰρ ψυχὴν, φασὶ τοῦ ἱεροῦ δεῖσθαι τὸν θεόν ἄλλου δὲ οὐδενός. Strabo, lib. XV, p. 693, citadas en las disert. de Cudwort. De vera notione cœnæ Domini, cap. I, núm. 7 al fin de su libro célebre: Systema intellectuale universum. Este texto curioso refuta directamente las ideas de Heyne, y concuerda perfectamente con las teorías hebraicas, segun las que la *efusion de la sangre*, constituye la esencia del sacrificio (Ibid. cap. II, núm. iv)

»cenaria se lisonjea de engañar á Dios, despues de habernos en- »gañado á nosotros mismos (1).» Empero, nada esplica esta ce- »remonia, y solo sirve para aumentar la dificultad del problema.

Tampoco Voltaire ha dejado de ejercitarse en el mismo asunto, mas tomando la idea general de sacrificio como un mero dato, se ocupa en particular de los sacrificios humanos : «No se veia en los »templos, dice, mas que tornillos, asadores, parrillas, cuchillos »de cocina, largos tenedores de hierro, *cucharas* ó *cucharones* (2), »grandes tinajas para poner la grasa, y todo lo que puede inspi- »rar desprecio y horror : nada contribuyó mas á perpetuar »aquella dureza y atrocidad de costumbres, que condujo al fin á los »hombres hasta sacrificar á otros hombres y á sus propios hijos: »mas los sacrificios de la inquisicion, de que tanto hemos hablado, »han sido cien veces mas abominables, habiendo nosotros reem- »plazado á los carniceros con verdugos(3):» Sin duda alguna, que jamás Voltaire habia puesto los piés en un templo antiguo, ni siquiera el grabado habiale hecho conocer ese género de edifi- »cios, puesto que creia que el templo, propiamente dicho, repre- »sentaba el espectáculo de una carnicería y de una cocina; ni tam- »poco reflexionaba que esas parrillas, esos asadores, esos tenedores largos, esas *cucharas* ó *cucharones*, y otros tantos instrumentos tan tremendos, son tan de moda hoy como antes, sin que por eso ninguna madre de familia, ni tampoco las mujeres de los car- »niceros y de los cocineros, tengan la menor tentacion de poner sus hijos sobre las parrillas, ó de arrojarlos en la cuba : cualquie- »ra conoce que esa especie de dureza que resulta de la costumbre de derramar la sangre de los animales, y que todo lo mas puede facilitar tal ó cual crimen particular, jamás podrá conducir á la

(1) Hume's Essays and Treatises on several subjects. The natural hys- tory of religions. Sect. IX, Londom 1758, in 4.º, pág. 511 : Puede ob- servarse en este trozo, considerado como una fórmula general, uno de los caracteres mas señalados de la impiedad, que es el desprecio del hombre : hija del orgullo, madre del orgullo, ebria siempre de orgullo, y respirando solo orgullo, no deja sin embargo la impiedad de ultrajar á la naturaleza humana, de desanimarla, de envilecerla, de mirar todo lo que el hombre ha podido hacer y pensar, de mirarlo digo, del modo mas humillante para él, el mas á proposito para envilecerlo y desanimarlo: así, sin pararse en ello, presenta á la luz mas resplandeciente el carác- ter opuesto de la religion, la cual siempre emplea la humildad para ele- var al hombre hasta Dios.

(2) Bella y preciosa observacion, sobre todo por ser á propósito.

(3) Véase la nota 12 de la tragedia de Minos.

inmolacion sistemática del hombre : no se puede además leer sin asombro ese *en fin* que emplea Voltaire, como si los sacrificios humanos no hubiesen sido otra cosa que el tardío resultado de los sacrificios de animales que se acostumbraban anteriormente hace siglos : pero nada es mas falso ; pues *siempre y do quier* que el Dios verdadero no ha sido conocido y adorado, háse inmolado á los hombres : esto lo atestiguan los mas antiguos monumentos, y lo confirma hasta la fábula, cuyo testimonio muchas veces no es menester rechazar : mas para esplicar tan grande fenómeno, no me parece bastante recurrir á los *cuchillos de cocina y á los grandes tenedores*.

El trozo sobre la inquisicion, por el cual acaba esta nota, parece haber estado escrito en un acceso de delirio ; pues que la ejecucion legal de un pequeño número de hombres, mandada por un tribunal legítimo, en virtud de una ley anterior solemnemente promulgada, y que cada víctima era muy libre de evitar sus disposiciones, esta ejecucion, lo repito, *¿es cien veces mas abominable* que la horrorosa maldad de un padre y de una madre que llevaban á sus hijos á los brazos inflamados de Moloch ? ¿Y esto no es un delirar atroz, un olvido completo de toda razon, de toda justicia, de todo pudor ? Le arrastra la rabia antireligiosa al punto, que al acabar tan pulcra locucion no sabe exactamente, lo que dice : *Hemos*, dice, *reemplazado los carniceros con verdugos* : luego creia haber solo hablado de los sacrificios de animales, y olvidaba la frase que acababa de escribir sobre los sacrificios humanos, pues de otro modo ¿qué significado tiene esa oposicion de los *carniceros* á los verdugos ? ¡Qué ! Los sacerdotes de la antigüedad que degollaban á sus *iguales con un hierro sagrado*, ¿por ventura, eran menos verdugos que los jueces modernos que los envian á la muerte en virtud de una ley ?

Volvamos, sin embargo, al asunto principal, pues segun vemos nada puede darse mas débil para esplicar el origen de los sacrificios humanos que la razon que de ello dá Voltaire : esa simple conciencia, que se llama *sentido comun*, basta para probar que no hay en esa esplicacion ni una sombra de sagacidad ni de verdadero conocimiento del hombre y de la antigüedad.

Oigamos finalmente á Condillac y veamos cómo hizo para esplicar el origen de los sacrificios humanos á su pretendido *discipulo*, quien para la felicidad de su pueblo, nunca quiso dejarse *disciplinar*.

«No se contenta uno, dice, con dirigir á los Dioses oraciones »y votos, sino que cree deberles ofrecer las cosas que se figura uno »serles agradables.... frutas, animales y hombres... (1):» Me guardaré muy bien de decir, que este trozo es digno de un niño, pues gracias á Dios, no hay niño bastante malo para escribirlo: ¡Qué lijereza tan execrable ! ¡Qué desprecio hacía nuestra infeliz especie ! ¡Qué rencor acusador contra su instinto, mas natural y mas sagrado ! Me es imposible espresar á qué grado Condillac subleva aquí en mí la conciencia y el sentimiento : pues este es uno de los rasgos mas odiosos de tan odioso escritor.

(1) Obras de Condillac, París 1798, in 8.º, tom. I, hist. anc., c. xii, pág. 98, 99.